



Sigrid Undset

**Cristina,  
hija de Lavrans**

3/La Cruz

Encuentro  
Ediciones

Creación Literaria

33



Sigrid Undset

Cristina, hija de Lavrans/3

La cruz

**E**ncuentro**E**  
**E**diciones**E**

Título original  
*Kristin Lavransdatter*

© 1920 Sigrid Undset  
© 1997

Ediciones Encuentro, Madrid

Colección dirigida por Guadalupe Arbona Abascal

Traducción  
Rosa S. de Naveira

Revisión  
Catalina Roa

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro  
Cedaceros, 3-2º - 28014 Madrid - Tel. 532 26 07

# Capítulo primero.

## Lazos de familia

### 1

Dos años después de que Erlend Nikulaussoen y Cristina Lavransdatter se hubieron instalado en Joerundgaard, Cristina quiso subir a las cabañas para pasar el verano. No había dejado de pensar en ello durante todo el invierno.

En Skjenne era costumbre que la dueña tomara parte personalmente en el trabajo de recolección de pastos de altura, porque, años atrás, había sucedido que la hija de la casa había sido secuestrada por los *trolls* de la montaña y desde entonces la madre decidió que permanecería todo el verano en las cabañas. En Skjenne se tenían ideas muy particulares sobre diversos puntos. Los habitantes del país estaban habituados a ello y lo encontraban natural. Pero, en los otros sitios, las mujeres de los granjeros importantes no tenían la costumbre de subir a trabajar a las cabañas. Cristina sabía que la gente se sorprendería si lo hacía y que las lenguas se desatarían. Pues bien, que comentaran. ¿No se hablaba, de todos modos, de ella y de los suyos?

Audun Torbergssoen sólo poseía sus herramientas y la ropa que llevaba puesta, cuando se casó con Ingebjoerg Nikulaudatter de Loptsgaard. Había sido palafranero del obispo de Hamar.

Fue en la época en que el obispo se dirigió hacia el norte para consagrar la nueva iglesia cuando le ocurrió la desgracia a Ingebjoerg. La cosa sentó malísimamente a Nikulaus Sigurdssoen: juró por Dios y por los hombres que no aceptaría como yerno a un mozo de cuadra. Pero Ingebjoerg dio

a luz a unos gemelos y, según decía riendo la gente, Nikulaus encontró la tarea demasiado pesada para él solo. Así, pues, entregó a su hija en matrimonio a Audun.

Esto ocurrió dos años después de la boda de Cristina, y no lo habían olvidado. La gente tenía siempre presente que Audun era forastero. Pertenecía a una familia completamente arruinada. El hombre no era bien visto en Sil. Duro, obstinado, se mostraba igualmente tenaz en el rencor como en el agradecimiento..., pero era activo, trabajador e instruido, en cierto modo, sobre cosas de la ley. Audun Torbergssoen era, ahora, un hombre respetado en la región y nadie hubiera querido pelearse con él.

Cristina pensaba en el rostro ancho y tostado de Audun, enmarcado por una cabellera tupida y una barba roja y rizada, y en sus ojillos azules y penetrantes. Se parecía a un tipo de personas que conocía. Había visto el mismo rostro entre los criados de Husaby, entre los marineros y mozos de Erlend.

El ama suspiró... Para un hombre como aquél debía ser más fácil hacerse valer, viviendo del patrimonio que su mujer había heredado. Nunca había sido dueño de nada.

En el transcurso del invierno y de la primavera, Cristina sostuvo varias conversaciones con Frida Stykaarsdatter, su primera sirvienta, que les había seguido cuando se vieron obligados a abandonar el Trondhjem. No cesaba de recordar a la sirvienta las costumbres del valle durante el verano: cómo se solía tratar a los segadores, y qué había que hacer durante la siega. Frida tenía que acordarse bien de todo lo que había hecho su ama el año anterior, porque ésta quería que la granja funcionara exactamente como en tiempos de Ragnfrid Ivarsdatter.

Lo que no se le ocurría decir a Cristina era, sencillamente, que aquel verano no lo pasaría en la granja. Había sido ama de Joerundgaard durante dos inviernos y un verano, y sabía que subir a las cabañas equivalía a una huida.

Iba a resultar empresa difícil hacer que Erlend entrara en razón, él que, desde el tiempo en que su madre adoptiva lo sentaba sobre sus rodillas, no podía imaginar otra cosa sino que había nacido para dirigir y mandar a los que le rodeaban. Y si alguien más le había dirigido o mandado, había sido sin que él se enterara.

No, no podía ser cierto lo que aparentaba. Aquello no podía gustarle. ¿Y a ella? La propiedad de su padre en el fondo de aquel valle cerrado, silencioso, las tierras llanas más allá del bosque de alisos, donde brillaban los meandros del río, las granjas junto a los campos cultivados, abajo, al pie de las montañas cuyas cumbres se recortaban en gris sobre el cielo tan alto, los rayos de luz que caían sobre los bosques de abetos y abedules que escalaban sus vertientes..., no, aquello ya no era para ella el hogar más dulce y hermoso que pudiera soñar. Se sentía encerrada. Y Erlend también debía encontrarse como enclaustrado. Allí no se podía prosperar. Mas, al verle, ¿quién se atrevería a decir que no era feliz?

El día que se soltaron las vacas y los bueyes de Joerundgaard, se decidió a hablar mientras cenaban.

Erlend, absorto en la búsqueda de un buen trozo de pescado, se quedó quieto, inmovilizado por la sorpresa, con los dedos en el plato, mientras contemplaba a su mujer. Cristina dijo súbitamente:

—Lo deseo sobre todo por esa enfermedad de garganta que se ceba en los niños del valle. Munan no es muy fuerte; así que tengo intención de llevármelo a la montaña, y también a Lavrans.

—Sí —asintió Erlend—; en este caso, no estaría de más que Ivar y Skule fueran también contigo.

Los gemelos saltaron de alegría y durante el resto de la cena no dejaron de hablar entre ellos. Irían con Erling, que tenía que acompañar los carneros a las colinas del norte.

Tres años antes el pastor de Sil había detenido y atado a un cazador furtivo, matándolo luego junto a su barraca de piedra, en las montañas de Raa; el muerto era un proscrito de Osterdalene.

Una vez se hubieron levantado de la mesa, Ivar y Skule trajeron todas las armas que poseían y las repasaron. Avanzada la velada, Cristina salió con las hijas de Simón Andressoen y con sus hijos, Gaute y Lavrans. Arngjerd Simondsdatter había pasado la mayor parte del invierno en Joerundgaard. La joven tenía ya quince años y, durante las Navidades, en Formo, Simón había dado a entender que ya era hora de que Arngjerd adquiriera otros conocimientos que los que podía buenamente aprender en su casa. Sabía ya tanto como las sirvientas. Cristina propuso entonces llevarse-

la a su casa y educarla lo mejor que supiera, porque adivinó que Simón tenía una debilidad por aquella criatura y se preocupaba de su porvenir.

Arngjerd necesitaba, en efecto, ver una casa mejor dirigida que la de Formo. Simón Andressoen era, después de la muerte de sus suegros, uno de los hombres más ricos del país. Se mostraba prudente y previsor en la administración de sus bienes y explotaba con celo y habilidad su granja de Formo. Sin embargo, los trabajos domésticos dejaban mucho que desear; las sirvientas los emprendían solas y hacían lo que querían. Cuando Simón veía que el desorden y el derroche sobrepasaba de los límites, contrataba una o dos sirvientas más. Pero jamás hablaba de estas cosas con su mujer, de la que no parecía esperar ni desear una mayor participación en esos quehaceres. Se diría que no la consideraba como a una persona mayor. No obstante, era bueno y paciente con Ramborg, y por cualquier motivo la cubría, a ella y a sus hijos, de regalos.

Cristina se encariñó con Arngjerd al conocerla mejor. La jovencita no era hermosa, pero sí inteligente, buena y trabajadora; tenía el corazón bondadoso y las manos ágiles. Cuando Arngjerd iba y venía por la casa con Cristina o se quedaba sentada a su lado por la noche, en la sala de tejer, Cristina se decía que se hubiera sentido feliz de haber tenido una hija. Una hija comparte más la vida de la madre. En esto pensaba aquella noche, mientras llevaba de la mano a Lavrans y contemplaba a Gaute y Arngjerd que andaban ante ella por el camino. Ulvhild correteaba de un lado para otro, y se divertía haciendo crujir la fina capa de hielo que por las noches cubría los charcos. Se imaginaba ser un animalito, y para ello había dado la vuelta a su abrigo rojo, de modo que el forro de liebre blanca quedara al exterior.

En el fondo del valle, las sombras, más tupidas, hacían que el crepúsculo reinara ya sobre las tierras oscuras y desnudas; no obstante, el aire de aquel atardecer de primavera parecía saturado de luz. Las primeras estrellas centelleaban, blancas y húmedas, en el cielo, allí donde el verde suave de la puesta del sol se fundía, poco a poco, con el azul oscuro de la noche.

Pero, por encima de la línea negra de las montañas, al otro lado del valle, persistía todavía un rastro de luz amarilla cuyo reflejo iluminaba la pared escarpada de la roca que

dominaba el camino. Y, arriba del todo, el mismo reflejo hacía brillar las cumbres nevadas, resplandecer los glaciares de donde escapaban los arroyos que susurraban en la vertiente. Su canto estremecía todo el aire. Abajo, el rugido del río les servía de compañía. Se sumaba a ello el trino de los pájaros procedente de todos los árboles, matorrales y rincónadas del bosque.

En un momento dado Ulvhild se detuvo, cogió una piedra e intentó lanzarla hacia donde cantaban los pájaros, pero la hermana mayor le sujetó el brazo; luego anduvo plácidamente durante un trecho. Sin embargo, súbitamente, se soltó y bajó la cuesta corriendo hasta que Gaute la detuvo. Habían llegado a un lugar donde el camino entraba en el bosque de abetos. Desde el fondo llegó hasta ellos el sonido de un arco al dispararse; aquí la nieve cubría aún la tierra y el aire olía a frío y a humedad. Un poco más allá, en un claro, apareció Erlend con Ivar y Skule. Ivar había disparado sobre una ardilla; la flecha se quedó clavada en la copa de un abeto y el niño, queriendo recuperarla, le tiraba piedra tras piedra. Cada vez que una de ellas chocaba con el tronco, éste resonaba bajo el impacto.

—Espera un poco y haré que se caiga —dijo el padre.

Echó su esclavina hacia atrás, fijó una flecha en su arco y apuntó sin poner demasiada atención, bajo la luz incierta entre los árboles. La cuerda silbó, la flecha hendió el aire y fue a clavarse en el tronco, al lado de la de su hijo. Erlend tomó una segunda flecha y volvió a tirar; una de las dos que estaban clavadas en el árbol cayó con un ruido seco, de rama en rama. A la otra se le partió la madera, pero la punta permaneció en el árbol. Skule corrió sobre la nieve a recoger las dos flechas. Ivar contempló, inmóvil, la copa del abeto.

—La que queda es la mía, padre; está clavada hasta la vara; ha sido un buen golpe, ¿verdad?

Luego, empezó a explicar a Gaute por qué no había alcanzado la ardilla.

—¿Piensas regresar ahora, Cristina? Yo tengo que volver en seguida; mañana, a primera hora, Naakkve y yo queremos ir a buscar el toro.

Cristina contestó que no, que iba a llevar a las niñas a su casa. Tenía que decir algo a su hermana aquella misma noche.

—Entonces Ivar y Skule pueden acompañar a su madre, si permitís que yo me quede con vos, padre —dijo Gaute.

Erlend levantó a Ulvhild en brazos para despedirla. Como era tan bonita y sonrosada, con sus rizos oscuros bajo el gorro de piel blanca, la besó antes de dejarla en el suelo. Después dio media vuelta y se fue con Gaute.

Ahora que Erlend no tenía nada más que hacer, se hacía acompañar siempre por alguno de sus hijos.

Ulvhild se cogió de la mano de su tía y anduvo un rato a su lado; de repente echó a correr y pasó como una tromba al lado de Ivar y Skule.

Sí, era una niña preciosa, pero inquieta e indisciplinada. Si hubieran tenido una hija, Erlend habría, sin duda, jugado constantemente con ella.

Cuando Cristina y los niños llegaron a Formo, Simón estaba solo con el pequeño. Se había sentado en el extremo de la mesa y contemplaba a Andrés. El chiquillo, de rodillas sobre el banco lateral, jugaba con unas viejas clavijas de madera esforzándose por hacer que se sostuvieran de pie sobre la mesa. Tan pronto Ulvhild le dio cuenta, olvidó dar las buenas noches a su padre, subió al banco de un salto, cogió a su hermano por el cogote y le golpeó la cara contra la mesa gritando que aquellas clavijas eran suyas; su padre se las había dado. Simón se puso en pie para separar a los niños, pero tuvo la desgracia de hacer caer, con el codo, un plato de porcelana que había encima de la mesa. El plato se rompió. Se agachó Arngjerd bajo la mesa y recogió los pedazos. Simón los tomó contemplándolos con expresión mohína.

—Tu madre se enfadará. Era el plato con flores sobre fondo blanco que Micer Andrés Darre había traído de Francia; Helga lo había heredado, pero luego se lo regaló a Ramborg... —explicó Simón.

Las mujeres lo consideraban un objeto precioso. En aquel instante oyó a su esposa en el vestíbulo y escondió a su espalda los pedazos del plato. Ramborg entró y saludó a su hermana y sobrinos. Quitó el abrigo a Ulvhild, y ésta corrió hacia su padre, agarrándose a él.

—¡Qué guapa estás hoy, Ulvhild! ¡Llevas el cinturón de plata aunque no sea día de fiesta! —Pero Simón no pudo levantar a la pequeña porque sus manos estaban ocupadas. Ulvhild explicó que había estado en casa de su tía, en Joerundgaard; por eso su madre la había puesto tan elegante por la mañana.

—Sí, tú madre te adorna como un relicario; tal como estás podría ponerte entre los tesoros de una iglesia —comentó Simón sonriendo.

El único trabajo que hacía Ramborg era la confección de trajes para su hija. Por ese motivo Ulvhild iba siempre bien vestida.

—¿Se puede saber por qué no cambias de postura? —preguntó Ramborg a su marido.

Simón le enseñó los pedazos del plato.

—No sé lo que vas a decirme.

Ramborg los tomó y dijo:

—No valía la pena adoptar una actitud tan estúpida.

Cristina se sintió incómoda. Ciertamente que Simón había tomado un aire ridículo, escondiendo los fragmentos del plato como si fuera un niño, pero ¿por qué tuvo que decirlo Ramborg?

—Creí que te enfadarías porque rompí tu plato.

—Sí, parece como si siempre tuvieras miedo de hacerme enfadar... por cosas insignificantes —observó Ramborg. Y los demás vieron que estaba a punto de echarse a llorar.

—Sabes de sobra, Ramborg, que no es solamente una pose —murmuró Simón— y que no se trata únicamente de las cosas sin importancia.

—No sé nada de nada —contestó su mujer en el mismo tono—. Jamás has tomado por costumbre hablarme de las cosas importantes, Simón.

Le volvió bruscamente la espalda y se fue hacia el vestíbulo. Simón permaneció un momento de pie siguiéndola con la mirada. Cuando volvió a sentarse, el pequeño Andrés quiso subir sobre sus rodillas. Simón le subió y se quedó un buen rato con la barbilla apoyada en la cabeza del niño, pero no pareció oír la charla del pequeño. Después de un largo silencio, Cristina dijo con un leve titubeo:

—Ramborg ya no es tan niña, Simón; vuestra hija mayor ha cumplido siete años...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Simón con un tono de voz que Cristina consideró excesivamente severo.

—Quiero decir... que tal vez mi hermana crea que tienes poca confianza en ella... Quizá debieras darle un poco más de autoridad en la casa..., compartir con ella...

—Mi mujer dispone de toda la autoridad que quiere —contestó Simón, irritado—. No le exijo que haga más de lo que quiere hacer, pero jamás he negado a Ramborg que ejer-

ciera su autoridad en lo que sea, aquí, en Formo; si tú opinas de otro modo, es que no sabes...

—No, no —interrumpió Cristina—; sólo tengo la impresión, cuñado, de que a veces no te das cuenta de que Ramborg es ahora mayor que cuando os casasteis. Deberíais recordar, Simón...

—Y tú, ¿te acuerdas... —dejó el niño en el suelo y se puso en pie— de que Ramborg y yo nos pusimos de acuerdo, mientras que entre tú y yo fue imposible?

Ramborg entró en aquel momento trayendo una jarra de cerveza para los visitantes. Simón se adelantó hacia su mujer y apoyó una mano en su hombro.

—¿Has oído en tu vida algo así, Ramborg? Tu hermana cree que no estás contenta con tu suerte.

Sonrió, y Ramborg levantó hacia ella sus ojos oscuros, que brillaron un momento.

—¿Cómo? He conseguido lo que quería, lo mismo que tú, Cristina. Si nosotras no estuviéramos contentas, no sé... —También ella sonrió. Cristina, despechada, enrojeció; no aceptó la cerveza.

—Se está haciendo tarde; es hora de que volvamos a casa. —Buscó a sus hijos con la mirada.

—No, no, Cristina. —Simón cogió el bol de manos de sus mujer y bebió a la salud de su cuñada—. No te enfades. No hay que dar importancia a las palabras que se cruzan entre parientes. Siéntate un poco, descansa y olvida, te lo ruego, que te he contestado mal. Estoy cansado —añadió, desmereándose y bostezando. Luego quiso saber cómo andaban los trabajos de primavera en Joerundgaard. Aquí se había terminado la labranza de todos los campos del norte de la granja.

Cristina se levantó, dispuesta a marcharse.

—No, Simón, no necesito que me acompañes —dijo aceptando de sus manos su abrigo con capuchón y su hacha—. ¿No ves que llevo conmigo a mis chicos?

Pero Simón no quiso escucharla y pidió incluso a Ramborg que les acompañara, por lo menos, un trecho, campo a través. En general rehusaba, pero aquella noche fue hasta que llegaron al camino.

Fuera, la noche era negra y salpicada de estrellas. De los campos recién abonados subía el olor familiar, que era como un anuncio de la primavera a despecho de la helada nocturna. En las sombras se oía el ruido del agua.

Simón y Cristina habían tomado la dirección del norte y los tres chicos corrían delante. Cristina adivinó que el hombre que andaba a su lado deseaba hablarle; sin embargo, aún estaba demasiado resentida para animarle a ello. En verdad sentía afecto por su cuñado, pero no aceptaba que éste se arrogara el derecho de decirle lo que le pasaba por la cabeza y disculpar luego sus palabras con ligereza, bajo el pretexto de que entre parientes no tenían la menor importancia. Todo tenía un límite.

Debía comprender que para Cristina era doloroso verlo perder la paciencia, volverse grosero y que, por ser él precisamente quien los había ayudado con tanta fidelidad en los tiempos difíciles, ella no podía contestarle en el mismo tono.

El invierno siguiente a que se establecieron en la comarca, Ramborg la había mandado llamar porque Simón estaba en cama muy enfermo, con una inflamación de garganta. Era un mal que le molestaba a menudo; pero cuando, una vez llegó a Formo, Cristina entró en la estancia donde se encontraba su cuñado, éste no permitió que se le acercara ni le tocara o se ocupara de él, poniéndose tan furioso que Ramborg, entristecida, se excusó con su hermana por haberla mandado llamar. Simón se había mostrado igualmente intratable con ella, explicó, la primera vez que había estado enfermo después de su boda y ella intentó cuidarle. Cuando tenía uno de sus abscesos de garganta, iba a encerrarse en la vieja casa que llamaban la barraca, en Saemund; no toleraba a nadie a su lado, excepto a un viejo feo, sucio y piojoso, llamado Gunstein, que había servido en Dyfrin desde el nacimiento de Simón.

Más tarde, Simón fue a disculparse ante su cuñada; no le gustaba que le vieran enfermo, pues le parecía que era vergonzoso para un hombre. Cristina contestó vivamente que no opinaba igual... El estar enfermo de la garganta no era nada feo ni vergonzoso.

Simón acompañó a Cristina hasta el puente; durante el camino hablaron poco y únicamente sobre el tiempo y los trabajos de la granja, repitiendo, en suma, lo que habían dicho en la casa. Se despedía ya de su cuñada, cuando preguntó de improviso:

—¿Sabes, Cristina, qué le he hecho a Gaute para que el niño esté tan enfadado conmigo?

—¿Gaute enfadado contigo? —repitió Cristina, sorprendida.

—¿No te habías dado cuenta? Huye de mí, y cuando no tiene más remedio que estar conmigo, apenas abre la boca.

Cristina sacudió negativamente la cabeza; no, no había observado nada.

—A menos que te hayas burlado de él, que no lo soporta... Es sólo un niño.

Por el tono de voz Simón comprendió que su cuñada sonreía, y rió al contestar:

—No recuerdo nada parecido.

Todo permanecía en silencio en Joerundgaard. La sala estaba oscura y apagado el fuego. Bjoergulf se había acostado, pero aún no dormía; dijo que el padre y los hermanos habían salido hacía un buen rato. En la cama del amo dormía Munan, solito. La madre lo tomó en brazos cuando se acostó a su lado. ¡Qué difícil era hablar con Erlend de lo que él por sí mismo no comprendía! ¿No podía llevarse a sus dos hijos mayores al bosque, donde el trabajo era mucho más urgente que en la granja?

Claro que jamás esperó de Erlend que cogiera el arado; ni siquiera sabría hacer un surco derecho, y Ulf no tenía tampoco el menor interés en ver a Erlend mezclado en la explotación de la granja. Pero sus hijos no serían educados como lo había sido su padre, al que sólo se le había pedido que supiera manejar las armas, cobrar piezas de caza, divertirse con los caballos y jugar a las tablas reales con un sacerdote encargado de inculcar a los hijos de la nobleza unas nociones de latín, de escritura, de canto y de instrumentos de cuerda.

Cristina había tomado poco servicio para la granja, sólo porque deseaba que sus hijos aprendieran, desde la infancia, la necesidad de adquirir las costumbres campesinas. Era poco probable, ahora, que los hijos de Erlend pudieran llevar la vida de los jóvenes nobles. No obstante, entre los chicos, únicamente se podía contar con Gaute. Gaute era trabajador; pero sólo tenía trece años; era normal que prefiriera seguir a Erlend si el padre le rogaba que le acompañase.

¡Qué difícil era hablar de todo esto con Erlend! Cristina había tomado la firme resolución de no dejar que su marido sospechara, por la menor palabra, que ella pudiera censurar su actitud o reprocharle la suerte a que los condenaba, a ella y a sus hijos. Pero entonces, ¿cómo hacerle comprender que sus hijos debían acostumbrarse a tomar una parte directa en

los trabajos de la granja? «¡Ah, si Ulf quisiera intervenir!», pensaba Cristina.

Cuando abandonaron la cabaña de primavera, para subir con el ganado a Hoeveringen, Cristina se marchó también a la montaña. No quiso llevar consigo a los gemelos, que acaban de cumplir once años y que eran los más indisciplinados y testarudos de sus hijos. Tenía poca autoridad sobre ellos ya que, en todo momento, se ayudaban y sostenían. Si por casualidad se encontraba sola con Ivar, el pequeño se mostraba bastante dócil y cariñoso, pero Skule era díscolo y tozudo, tan pronto ambos hermanos se encontraban juntos, Ivar obedecía en todo a Skule.

## 2

A principios de otoño, Cristina salió una mañana alrededor de las nueve. El cabrero le había dicho que, un poco más abajo, en la vertiente y siguiendo el curso del arroyo, podían encontrarse muchos gordolobos en un yermo.

Cristina descubrió el lugar: un prado escarpado, llano y quemado por el sol. Era el momento de coger las flores. Alzaban sus altos tallos amarillos, coronados por las flores blancas recién abiertas por entre las piedras y troncos grises. Para que Munan cogiera frambuesas, Cristina lo instaló entre los arbustos en un sitio del que no podía salir sin su ayuda, encargó al perro que lo vigilara, y, cogiendo un cuchillo, empezó a cortar flores sin dejar de mirar continuamente hacia donde estaba el niño. Lavrans, de pie a su lado, también cortaba flores.

Arriba, en las cabañas, Cristina no estaba tranquila respecto a los pequeños. De todos modos, ya no temía tanto a la gente del país; la mayor parte de los que ocupaban cabañas habían regresado al valle, mientras que ella tenía intención de permanecer en la montaña hasta después de la Asunción. Anochecía pronto y el viento era frío. De noche, cuando empezaba a soplar, era desagradable salir.

Pero ¡qué buen tiempo habían tenido allá arriba, mientras abajo, en el valle, todo aparecía seco! Además, el mar estaba enfurecido. Los hombres se iban a ver obligados a vivir en la montaña no sólo durante el otoño, sino en invierno también; y Cristina recordaba que su padre le había dicho en una oca-

sión que jamás había visto sus cabañas habitadas en los meses fríos.

Cristina, con las manos cruzadas sobre el pesado ramo que se apoyaba en su brazo, se detuvo bajo un abeto aislado en mitad de la vertiente. Desde allí se dominaba el amplio valle de los Dofrines donde, en algunos sitios, el trigo estaba ya recogido en gavillas.

También los prados estaban amarillentos y secos por el sol. En verdad el valle no era nunca muy verde, pensó Cristina; no era como en Trondhjem.

Sus pensamientos volaron hacia el hogar que habían fundado allí; la granja, encaramada como un castillo señorial en el gran flanco de la montaña y, a sus pies, los campos, los prados y el bosque de abedules extendiéndose hasta el lago. En el fondo, una amplia perspectiva de colinas cubiertas de bosques se iba perdiendo, ondulación tras ondulación, hacia el sur y los montes Dofrines. En los prados jugosos brillaban flores de púrpura bajo el cielo rosado de las noches de verano; ¡el trigo otoñal era de un verde tan brillante y fresco...! Cristina incluso echaba de menos el fiordo y los bancos de arena de Birgsi, los muelles, las barcas y los veleros, los cobertizos de pescadores, el olor a brea, las redes de pescar, el olor de mar, todo lo que había apreciado tan poco cuando llegó al norte...

¡Qué nostalgia debía sentir Erlend de aquel olor y del viento marino! Cristina había creído que no se acostumbraría al intenso ajeteo de la casa, a la multitud de servidores, a los hombres de Erlend que, montados en sus caballos, entraban ruidosamente en el patio haciendo chocar sus armas, a todos aquellos forasteros que iban y venían, trayendo noticias de países lejanos y chismes de la ciudad y del campo. Aquel pasado, que había creído no poder soportar, le faltaba, y su vida le parecía silenciosa, ahora que los ecos de los días pasados habían enmudecido. Soñaba con volver a ver la ciudad, la iglesia, el monasterio, asistir a las recepciones en las ricas viviendas de los notables del país... Hubiera querido recorrer de nuevo las calles, escoltada por su lacayo y su sirvienta, visitar las tiendas de los comerciantes, bien para elegir, bien para criticar las mercancías expuestas. O bien, subir a uno de los barcos anclados en el puerto y adquirir en ellos tocas y lino inglés, velos preciosos, caballitos de madera montados por sus jinetes, que movían la lanza cuando se tiraba de un cordel.

Cristina evocaba los prados de Nidaros. Con sus hijos había asistido a los juegos de perros y osos amaestrados; compraba nueces y pasteles para los niños.

¡Y cómo echaba de menos sus trajes de otro tiempo! La camisa de seda, la toca fina y ligera, y aquel traje sin mangas, de terciopelo azul claro, que Erlend le había comprado el invierno anterior a la desgracia. Una cenefa de armiño rodeaba el enorme escote y las bocamangas que se abrían hasta casi las caderas, dejando ver el cinturón.

A veces, también, Cristina se sorprendía de echar en falta... No, no, la razón le ordenaba sentirse satisfecha todas las veces que escapaba a nuevas maternidades. Debería alegrarse de haber caído enferma en otoño, después de la gran matanza del ganado. Había llorado un poco las primeras noches. Hacía tanto tiempo, se decía, que no tenía un niño al pecho... Munan sólo contaba cuatro años, pero se había visto obligada a enviárselo a una nodriza, antes de que cumpliera el año. Al regresar a su lado sabía andar y hablar y no la reconocía.

Y Erlend. ¡Oh, Erlend! Cristina sabía que en el fondo de su corazón, él, el eterno inquieto, no era tan despreocupado como parecía. Viéndole, se le hubiera creído sosegado para siempre, como un torrente fogoso que se encuentra ante una muralla de rocas y se somete al obstáculo, para no ser más que un lago tranquilo en medio de las turberas.

Erlend vivía en Joerundgaard sin hacer nada, e invitaba por turno a uno u otro de sus hijos para que le acompañase en su inactividad.

A veces se los llevaba de caza, o bien iba a embrear y calafatear una de las barcas de pesca que poseía, o intentaba domar un caballo joven. Pero, demasiado impaciente, no solía conseguirlo. Se mezclaba pocas veces con los demás y, de todos modos, aparentaba no darse cuenta de que evitaban su compañía. Los hijos imitaban al padre. No, aquellos extranjeros, llevados por el destino a vivir en el valle, no eran amados...; todos eran igualmente reservados e indiferentes, siempre ajenos a la gente y a las costumbres del país.

Ulf Haldorssoen era, por el contrario, abiertamente aborrecido. Se burlaba de los habitantes y los calificaba de imbéciles atrasados. A sus ojos, los hombres que no habían vivido a orillas del mar no eran hombres.

Cristina veía claramente que tampoco ella contaba, ahora, con amigos en su tierra natal...

Se irguió dentro de su traje de estameña oscura y con la mano se protegió los ojos de los rayos dorados del sol poniente.

Hacia el norte veía un extremo de valle y la larga cinta verde pálido del río. Luego los flancos de las montañas, teñidos de amarillo y verde por las turberas y argayos, las crestas amontonadas, una tras otra, hasta el punto en que los glaciares confundían sus grietas con los festones de las nubes.

Frente a Cristina, un recodo del Rostkampen estrechaba el valle, obligando al Laage a cambiar bruscamente su curso. Un rumor sordo ascendía del río, que horadaba profundamente la piedra y bajaba, caudaloso y espumeante, de rellano en rellano.

Cerca de las mesetas pantanosas, sobre el Rostkampen, los dos altozanos, los Blaahoer, que su padre había comparado a pechos de mujer, se erguían amenazadores. Aquel país tenía que parecerle a Erlend feo, severo y agobiante.

Un poco más al sur, del mismo lado, pero hacia las colinas que la habían visto nacer, Cristina había encontrado, de niña, un elfo, una criatura preciosa, dulce, tierna, de rizos sedosos que enmarcaban unas mejillas gordiflonas, blancas y rosadas.

Cristina cerró los ojos y volvió su rostro, tostado por el sol, hacia la luz.

Una madre joven, con el pecho cargado de leche después de un parto, y el corazón semejante a un campo recién arado...; sí, claro... pero una mujer como ella, Cristina, no corría ningún riesgo. No se sentirían tentados a llevársela. El rey de las montañas pensaría, sin duda, que el aderezo de oro ofrecido a la novia no convendría a una mujer tan gasta y enflaquecida, y la *buidra* no sentiría, tampoco, la tentación de poner a su hijo al pecho agotado.

Cristina se sentía dura y seca, como aquella raíz de abeto sobre la que había puesto el pie y que se retorció sobre la piedra, aferrándose a ella. Le dio un golpe con el talón.

Los dos chiquillos se habían acercado a su madre y se apresuraron a imitarla, dando patadas a la raíz. Después preguntaron:

—¿Por qué hacéis esto, madre?

Cristina se sentó, dejó la brazada de flores sobre sus rodillas y empezó a arrancar y echar al cesto las flores blancas abiertas.

—Porque el zapato me apretaba los dedos del pie —contestó, al cabo de tanto rato, que los niños habían olvidado su pregunta. Pero no le daban ninguna importancia, acostumbrados como estaban a que su madre no pareciera oírles cuando le hablaban, o se diera cuenta cuando ellos ya no pensaban en lo que habían preguntado. Lavrans ayudó a arrancar flores del tallo. Munan quiso hacer lo mismo, pero arrancaba a la vez tallo y flor, y su madre se lo quitó de las manos, sin enfadarse, completamente sumida en sus pensamientos. Al poco rato, los pequeños se pusieron a jugar y a pelear con los tallos desnudos, que habían tirado a un lado... Así se distrajeron pegados a las rodillas de Cristina, y ella contempló las dos cabecitas redondas y oscuras.

Los niños se parecían enormemente; tenían el mismo cabello castaño, pero por una infinidad de pequeños indicios y destellos fugaces, la madre suponía que, al hacerse hombres, serían totalmente distintos.

Munan se parecía a su padre por sus ojos azules y acuosos, su cabello sedoso y rizado sobre un cráneo estrecho. El cabello oscurecería y se volvería de un negro hollín. El rostro menudo, de mejillas y barbilla redondas, cuyo tierno frescor ella se complacía en rodear con las manos, adelgazaría y se alargaría con los años. También él tendría la frente alta y estrecha, las sienes hundidas, la nariz recta y saliente, cortante como la hoja de un puñal, de finas aletas sensibles, todos ellos rasgos del padre que Naakkve ya poseía y que se dibujaban también claramente en los gemelos.

Lavrans había tenido el cabello color de lino, rizado y suave como seda, cuando era chiquitín. Ahora era castaño, pero con reflejos dorados, completamente liso, muy suave todavía, más abundante y menos fino. Los dedos se hundían profundamente en su cabellera.

Lavrans se le parecía. Tenía los ojos grises y su rostro redondo mostraba ya una frente ancha y una barbilla de delicada curva. Conservaría, indudablemente, su tez rosada hasta que se hiciera hombre.

Gaute tenía también la tez clara. Se parecía al padre de Cristina por el rostro ovalado y lleno, sus ojos grises como el hierro y su pesada cabellera de oro pálido. En cuanto a Bjoergulf, no sabía a quién se parecía.

Era el más alto de sus hijos; ancho de espaldas, vigoroso y bien formado, tenía el cabello negro como el azabache, casi

crespo; los ojos eran de un azul oscuro y extrañamente opacos. Parpadeaba al mirar. Cristina no podía decir desde cuándo había contraído esta costumbre, porque Bjoergulf era, de sus hijos, del que menos se había ocupado. Se lo habían quitado al nacer para entregarlo a una nodriza. Once meses más tarde había dado a luz a Gaute, y Gaute había tenido una salud precaria durante los cuatro primeros años de su vida. Después del nacimiento de los gemelos había tenido que hacerse nuevamente cargo de Gaute, llevarlo en brazos y cuidarlo, aunque ya era mayorcito.

Para los últimos no había dispuesto de tiempo, excepto cuando Frida, le traía a Ivar, que tenía sed o gritaba. Entonces Gaute también gritaba mientras daba el pecho al pequeño. No había podido más... «¡Oh, Virgen María, tú sabes que no pude hacer más por Bjoergulf!»

Tenía un carácter independiente, seguía su propio camino y se las componía solo. Siempre concentrado en sí, no parecía contento cuando ella intentaba acercarse. Y ella había creído que era el más fuerte de sus hijos, como un novillo bravo. Poco a poco se fue dando cuenta de que la vista de Bjoergulf no era buena, y mientras estuvo en Tautra, con Naakkve, los frailes habían intentado hacer algo por él, aunque sin resultado.

Bjoergulf fue un niño introvertido. Cristina no consiguió nada intentando fomentar una mayor intimidad con él y observó que sucedía lo mismo con Erlend. Bjoergulf era el único que no aspiraba a los favores del padre, como un prado aspira al sol. Sin embargo, se mostraba distinto con Naakkve, pero si Cristina trataba de hablar a Naakkve de su hermano menor, cambiaba de conversación. ¿Había tenido Erlend más suerte que ella? Lo ignoraba, pero Naakkve, ¡amaba tanto a su padre...!

Los retoños de Erlend Nikulaussoen demostraban claramente su paternidad.

Cristina había visto al niño de Lensviken la última vez que estuvo en Nidaros. Se había cruzado con Micer Baard en el pórtico de la iglesia de Cristo. Salía de la iglesia seguido de hombres, mujeres y servidores. Una criada llevaba al niño. Baard Aasulfsson la saludó inclinando la cabeza rígidamente al pasar ante ella. Su mujer no iba con él.

Cristina sólo había echado una ojeada al niño. Pero esto le bastó. La carita era exactamente igual a las caritas que se habían agarrado a su propio pecho.

«...Había un misterio que no comprendía, pero del que estaba segura. Dios no había dejado de envolverla con su amor, sin que se diera cuenta, y a través de su obstinación, a través de su espíritu terco e interesado, un poco de aquel amor había persistido en ella y actuado como el sol que fecunda la tierra. Había nacido una flor que la pasión carnal no pudo marchitar, ya fuera ardiente llama o tormenta de colérica furia.

Cristina había sido la sierva del Señor, una sierva indómita, caprichosa, adorando sólo con los labios en sus oraciones, hipócrita en el fondo del corazón, perezosa, negligente, desobediente, falta de perseverancia en sus empresas. Pero Él la había conservado a su servicio... y ahora aparecía el pacto que había aceptado sin comprenderlo... Bajo la sortija de oro una marca secreta indicaba que era la sierva del Señor, de un rey que venía a ella en las manos consagradas del sacerdote para darle la libertad y con ella la salvación».

ISBN 978-84-7490-447-5



9 788474 904475